

Torrevecchia: Córcega. Venga usted sin perder momento. Su presencia es necesaria. Al bajar del tren y sin ver à nadie, búsqieme usted en el Gran Hotel.

DAVIDOFF.»

Entregó el parte al empleado, pagò y salió murmurando:

—Si no puedo salvar à Santiago, voy à procurar por lo menos librar de la muerte à su hermana.

Y partió para París.

VI.

El parte telegráfico que Davidoff expidió à Pedro Laurier, le fué entregado à éste el mismo día en que la hija de un rico arrendador de San Pellegrino celebraba con Agostino su boda. El marinero se había enriquecido burlando la vigilancia de los aduaneros y dió seis mil francos de dote à su futura.

Esta morena y fuerte montañesa de dieciséis años, era dueña de una casa y de varios olivares. Ambos se amaban hacía más de un año, y Agostino, no necesitándolo ya, dejaría de navegar. Bajo estas condiciones se concertó el casamiento.

Al salir de la iglesia de San Pellegrino, y al paso de los novios, los tiros estallaban en señal de alegría, como si la *vendetta* hubiera armado à la mitad del pueblo en contra de la otra mitad. Echaban vivas sin cesar, las caras de los convidados estaban radiantes y la hermosura del día el calor y el olor de la pólvora, producian una especie de embriaguez en los concurrentes. Pedro, llevando del brazo à la pequeña Marieta, con quien había pedido para los pobres en la iglesia, seguía con la mirada las peripecias de aquella fiesta tan original y ruidosa, soñando con el hermoso cuadro que pintó más tarde, y que se hizo popular bajo el nombre de: *Un casamiento en Córcega*.

Su corazón estaba tranquilo y su espíritu había recuperado la antigua fortaleza. Ni una sombra oscurecía su pensamiento. Entregado completamente à la alegría producida en él por la felicidad de aquellas gentes, à quienes profesaba un sincero cariño, y cuya vida patriarcal le había hecho olvidar las pasiones insanas, se encontraba con alientos para dedicarse de nuevo y con ardor à su arte.

La boda se dirigía à casa del padre de la novia con el fin de celebrar el banquete en honor de los esposos, y en el momento de entrar en el patio, que se hallaba delante de

las habitaciones, un muchachuelo que servía habitualmente de monaguillo al buen cura de Torrevecchia, se dirigió corriendo al venerable sacerdote, que asistió también á la cerimonia y le presentó un papel azul que habian traído á la casa rectoral. Para salvar la distancia que hay de Torrevecchia hasta San Pellegrino el chiquillo no había empleado más que una hora y llegaba sin aliento, con el rostro empapado en sudor y cubierto de polvo. El párroco leyó el sobre, y en seguida, volviéndose hacia Pedro se lo entregó diciendo:

—Tomad, hijo mío, esto es para usted.

Se formó un círculo en derredor del jóven que nublada la frente y contraídos los labios, no se atrevía á abrir el parte que tenía en la mano.

—¿Qué sucede?—preguntó con ingenuidad Agostino.

—He traído yo—dijo el muchacho—ese papel azul que llevó un hombre desde Bastia á casa del señor cura, y como, según parece, la cosa corría prisa, Magdalena me dijo: Anda, no te entretengas en el camino y entregáselo al señor... ¡Debe de ser cosa urgente, pues hace tres años por lo menos que ningún papel igual á este se ha recibido en Torrevecchia!... Entonces eché á correr, y aquí estoy...

Hablando así, el pequeño enjugaba su frente con la manga de la blusa, riendo á más y mejor, satisfecho de haber cumplido con su misión.

—Beberás un vaso de *Tollano* y comerás un bocado con nosotros, Jacobo—dijo Agostino, y empujó al niño hacia su suegro y demás parientes.

Luego, admirado y lleno de inquietud al ver la ansiedad pintada en el semblante de Pedro repitió:

—¿Qué sucede?

Laurier desdobló lentamente el telegrama y se enteró de la llamada imperiosa que le hacía el doctor. Palideció; su corazón sintiose apenado y arrugó el ceño.

—¿Es alguna desgracia?—preguntó Agostino.

—No—replicó el pintor.—Por lo menos así lo espero; mas es preciso que parta al instante para el continente...

—¡Partir! ¡En este momento!—exclamó con trariado el novio!...—¡Dejarnos así antes de que concluya este día!... Espere usted siquiera hasta mañana.

—Si te hubiesen dicho, cuando estabas en el otro lado del mar, que tu prometida podría morir á causa de tu ausencia—respondió Pedro con gravedad—¿hubieras deferido tu marcha?

Agostino estrechó con cariño la mano de su salvador, y con los ojos velados por las lágrimas, dijo:

—No; tiene usted razón. Pero debe comprender también la pena que esto me ocasiona...

Laurier se llevó aparte al recién casado, y allí le habló con emoción tal, que dió á conocer de un modo decisivo á Agostino el carácter y la condición del artista.

—No quiero—dijo—entristecer á tu mujer, ni á tus parientes, ni á tus amigos. De aquí á Torrevecchia hay cuatro leguas; voy á alquilar el carricoche de la posada y me iré solo. Cuando me halle del otro lado de la montaña, explicarás el motivo de mi ausencia y darás en mi nombre las gracias á todos por la acogida que les he merecido. Nunca olvidaré el tiempo que he pasado entre vosotros, Estaba yo muy enfermo del cerebro y del corazón... y me he curado con vuestra sana y cuerda existencia... He olvidado entre vosotros los pesares de que había creído morir; os lo debo a todos: á tu madre, que tan buena ha sido para mi; á tu hermanita; que por su gracia ingenua tantas veces me ha recordado á la jóven que me espera allá... á ti, en fin, bizarro muchacho, que has sido la causa de que en el momento en que desesperado pen-

saba matarme, quisiera vivir por la salvarte. Me has devuelto la razón que había perdido, y por ti llegué á comprender que algunos lazos me ligaban todavía á la humanidad... ¡No! Jamás os olvidaré, y bien sea en la tristeza ó en la alegría, mi pensamiento vendrá muchas veces á buscaros.

Al oír estas palabras, Agostino no pudo contener las lágrimas y más trastornado que si hubiera muerto uno de los miembros de su familia, se echó á llorar, mientras que los concurrentes á la boda, entregados al placer, cantaban, gritando y disparando tiros en la huerta. Pedro tranquilizó al buen muchacho y le dijo con firmeza:

—Ahora, comprendéme bien. Es preciso que esté en París lo más pronto posible, ¿Cuándo sale de Bastia el próximo correo y en dónde hace escala?

—La Compañía Morelli tiene un vapor que sale los martes para Marsella. Si llega usted esta noche á la ciudad, puede tomar el billete y embarcarse por la mañana. Se invierten treinta horas desde Bastia á Marsella...

Dentro de tres días estaré, pues, en París... Desde allí, mi querido Agostino, me permitirás que envíe algún recuerdo á los que viven á tu lado... Desecha todo escrúpulo, porque has de saber que aún cuando me has visto

usar aquí el traje de aldeano, no soy pobre... Acalla tu orgullo corso: de tu hermano todo lo puedes aceptar para tu madre, tu hermana y tu mujer... Acuérdate de mí y ten la seguridad de que volveremos á vernos, pudiendo ser que algun día no venga solo... ¡Adiós, entonces y abrázame!

Ambos cayeron en brazos el uno del otro y se estrecharon como durante aquella noche en que, sacudidos por las olas, estuvieron á punto de morir; y cuando se separaron, lloraban y sonreían á la vez.

Media hora más tarde, Pedro recorría en el carricoche el camino de Torrevecchia, y aquella misma noche, con sus cuadros y sus bocetos embalados, llegaba á Bastia. Se apeó en la posada donde había pasado su primera noche en el suelo de Córcega, tomó el billete de pasaje á bordo del vapor y entró después en una tienda de confecciones para comprar un traje completo de paño negro azulado, que no le sentaba del todo mal.

Vestido ya á estilo del continente, por primera vez desde hacía muchos meses, el jóven dejó escapar un suspiro. Le pareció que al despojarse de su pobre traje, abandonaba también al Pedro Laurier, libre, rejuvenecido y dueño de su pensamiento y de su mano, que con tanta delicia había trabajado diez ho-

ras diarias bajo el claro cielo, respirandó el vivificante perfume de las odoríferas plantas de la montaña, para ser otra vez el hombre esclavo y enervado que maldecía de su arte y dudaba del porvenir. errando desde la alcoba de una prostituta á los salones de juego del círculo.

Levantó la cabeza. La noche llegaba, y en la montaña, á través de las ramas de los castaños, brillaba la luna bañando con su pálida luz las rocas llenas de musgo. El viento, tibio y lleno de perfumes, que pasaba por los bosques, acarició la frente del jóven y se sintió reanimado como por un vivificador recuerdo. Miró la mar que ondulaba en calma y murmuró:

—Puedes llevarme; no le temo, ni tampoco á aquellos de quienes aún me separas.

Su incipiente angustia desapareció. y en el momento de intentar la suprema prueba que hacía de decidir de su vida, se encontró nuevamente dueño de su pensamiento y de sus sentidos.

Nada quedaba en él de su insana pasión respecto á la que había adorado, y se atrevió á evocar su imagen. La vió con su estrecha frente coronada por negros cabellos, con sus hermosos ojos de luengas pestañas y embria-

gador mirada y con su boca llamando al deleite. Y fué tan enérgica su fuerza imaginativa que hasta le pareció que su nariz percibía el embriagador perfume de aquella mujer; pero el jóven permaneció tranquilo, indiferente y desdeñoso. Su delirante amor había cesado, y el filtro era inofensivo. Entraba nuevamente en posesión de sí mismo, y su corazón, libre yá, era digno del cariño de Julieta. Tambièn de ésta se le apareció la figura y la vió blanca, virginal y dulce. Lágrimas de ternura asomaron á los ojos de Laurier, sus labios murmuraron un nombre, y todo su ser lanzó á través del espacio hacia aquella encantadora niña á quien purísimamente amaba.

Á las nueve de la mañana del siguiente día el vapor se hizo á la mar. Pedro volvió á ver el muelle, al lado del que se hallaba anclado el San Lorenzo mientras estuvo pintando la imagen del santo, de madera esculpida; vió tambièn el baluarte del Dragón, y sucesivamente el cabo Córcega, Giraglia y luego la costa de Italia. Á bordo de este buque, que marchaba con rapidez, siguió el mismo rumbo que había recorrido la balandra contrabandista,

Á medida que se acercaba á Francia, el jóven procuraba con más afán adivinar el motivo de la brusca llamada que le había diri-

gido Davidoff. Una sorda inquietud se apoderó de él y temía una desgracia. ¿Quién estaba amenazado?

Los términos de la carta que el doctor le había escrito después de su paso por Torrevecchia, se le presentaban á la memoria... «Una persona que está al lado de Santiago, por poco deja de existir al tener noticia de la muerte de usted...» Esta frase le inquietaba en grado extremo. ¿Se habría agravada Julieta? ¿Llegaría para verla morir en el momento en que era ella su única esperanza?... Sin embargo, aquella carta contenía tambièn estas palabras: «Ha pasado usted cerca de la felicidad sin verla... pero es posible que la halle de nuevo.» ¿Sería aquella dicha la que iba á escapársele otra vez? ¿Tan linda como era! ¿Podría sospechar que amaba Julieta por otro había éste ocupado el en sitio que él abandonó?

Una profunda tristeza llegó á apoderarse de Pedro al pensar si, no obstante su arrepentimiento, sería perseguido por el fatal destino. Sintió un gran cansancio moral, y comprendió que semejante decepción sería para él un golpe decisivo que le acarrearía la muerte. La impaciencia le devoraba, y á bordo de aquel buque que endía las olas, hubiera querido poseer un medio de correspondencia con Da-

vidoff, y tendía las manos hacia la tierra, como si tranquilizadoras noticias le aguardasen à su llegada. Envidiaba el rápido vuelo de las gaviotas y andaba apresuradamente por encima del puente, como si quisiera aumentar, por efecto de su propia agitación, los esfuerzos de la máquina.

No durmió en todo el tiempo que duró la travesía, permaneciendo constantemente en el puente, con la vista fija en el horizonte. Pasó sucesivamente por delante de Génova, de Mónaco, de Tolón, mientras el buque seguía aquella encantadora costa, donde los jardines bañan en el mar la ramas de sus árboles y las olas se mueven en la playa con un soave murmullo que convida al sueño.

El corazón de Pedro latió con fuerza al ver desde lejos el castillo de If, sombrío como la noche, y Marsella, con sus faros encendidos cual ojos que miran en la inmensidad. Al poner el pie en tierra, como su equipaje no era grande, lo entregó à un mozo, y tomando un coche, se hizo llevar à la estación de París. No se daba tregua ni descanso; nada podía distraerle en su deseo de llegar cuanto antes. Faltaba una hora para la salida del exprés, y el jóven la aprovechó yendo al télegrafo y enviando à Davidoff un telegrama concebido en estos términos: «Estoy en Marsella, llegaré mañana, seis tarde.»

Al ver el parte entre las manos del empleado que había de trasmitirle, sintió algún alivio y entró en la fonda de la estación, en donde almorzó, aunque poco, pues no le ayudaba el apetito.

Por fin se abrieron las puertas del andén y Pedro subió à un coche, entregándose con especial gozo à la voluptuosidad de la rapidez. Hundido en un rincón, con los ojos cerrados aún cuando no dormía, se quedó inmóvil, contando las estaciones que le separaban de París, lo mismo que un prisionero borra en el calendario los días que le separan de la libertad.

Al amanecer, el cansancio pudo más que la voluntad y se quedó dormido, después de cincuenta horas de continuo velar. Cuando despertó, con la alegre sorpresa de que sin percibirse se había acercado más al lugar de su destino, era ya muy entrado el día y estaba cerca de Macón. Los ricos y hermosos campos de la Borgoña, tan sanos y tan fértiles se desarrollaban à ambos lados de la vía, alumbrados por un sol espléndido. Pedro se figuraba que había llegado, pues se presentaba à sus ojos una naturaleza que había perdido de vista hacia un año. No divisaba ya olivos ni pinos, ni cactus brotando por encima de la hierba seca y amarillenta, ni pastores arma-

dos con escopetas, subidos en un talud y vigilando con aire altanero y grave su rebaño de pacíficos carneros ó de indisciplinables cabras. Pero sí aldeanos pesados, á la par que activos, labrando la tierra con yuntas de grandes bueyes blancos uncidos al arado; llanuras cubiertas de rubias mieses. y en las colinas viñedos cargados de uva; bosques frondosos y de un verde oscuro. surcados por caminos de grata perspectiva. Era el centro de Francia con su severa hermosura y no la radiante Provenza, ni la abrupta y grandiosa Córcega.

El tren corría atravesando montes y ríos y el pensamiento de Pedro se encontraba algo entorpecido por efecto del cansancio. Sin embargo, preguntábase con inútil persistencia qué sería lo que había obligado á Davidoff á llamarle con tanta premura; y cuando ya estaba en los alrededores de París, una violenta agitación frebil se apoderó de todo su ser. Sacó más de veinte veces el reloj del bolsillo desde Melun á la capital, y al pasar por las fortificaciones se puso en pie, preparándose para bajar. En fin, el tren silbando empezó á cortar su velocidad poco á poco, hasta detenerse en medio de los mozos de estación, que acechaban á los viajeros.

Pedro, que iba sobre el estribo, saltó como

un gamo al andén y fué recibido por dos brazos que le estrecharon con fuerza. Levantó la vista, conoció á Davidoff, lanzó un grito de alegría y cogiendo á su vez las manos de aquel fiel amigo, le arrastró lejos de la gente.

—¿Qué ocurre?—dijo resumiendo toda su curiosidad en esta pregunta.

—Tranquílcese usted—replicó el ruso comprendiendo la angustia del jóven...—El peligro no es inminente respecto á Julieta...

Pedro dejó escapar un hondo suspiro como si le hubiese quitado un enorme peso que le abrumara el corazón.

—¿Y Santiago?—preguntó.

—¡Ah! ¡Santiago!—contestó Davidoff.—El sí que me da serias inquietudes... Pero, vámonos de aquí, pues estamos llamando la atención...

Tomó el brazo del pintor y por entre el gentío que se agrupaba á la salida, se lo llevó.

—¿Qué equipaje ha traído usted?

—Esta maleta y una caja en los furgones...

Daremos el talón á un mozo de la fonda en que vivo... pues me acompañará usted... no quiero que se separe de mí... En vez de esperar á usted como le decía en el parte que le remití, he preferido salir á su encuentro... Temía alguna imprudencia... pues es preciso que

usted sepa, que si la señorita de Vignes á viera usted así de repente, el sobrecogimiento que experimentara podría serle fatal...

Rocorrian en coche y hablando el boulevard y Laurier, aturdido, no tenía bastante con toda su atención para mirar y para oír. Después de tanto tiempo pasado en la calma profunda de su existencia en Torrevecchia, el movimiento de la gran ciudad producía en su cerebro algo de esaltación, deslumbraba su vista y la ensordecía: Hacía esfuerzos sobre-humanos para escuchar y comprender lo que le decía Davidoff; mas como sentía cansado el cuerpo y sobreexcitado el espíritu, dijo.

—Este viaje me ha quebrantado y no obstante me parece que no podría descansar...

—Eso es debido á la continua tensión en que usted tiene hace tres días el sistema nervioso... Ya procuraré poner en orden su organismo... Confíe usted en mí... ¡Si no tuviera nunca enfermos más difíciles de curar...

En aquel momento el coche entraba en el patio del Gran Hotel. Se apearon y seguidos de un mozo que llevaba la maleta de Laurier, subieron á la habitación de Davidoff. Un salón separaba el dormitorio de éste del de Pedro. Cuando quedaron solos, se miraron un instante en silencio y luego el doctor señalando un asiento á su amigo, le dijo:

—Siéntese usted, vamos á comer aquí para hablar con tranquilidad, y si le encuentro razonable, puede ser que esta misma noche haga por usted alguna cosa.

Los ojos de Pedro brillaron:

—¡Como!—exclamó—¿podría verla?...

Davidoff se echo á reír.

—No hay equívoco posible con usted. ¡Verla!... ¿Acaso, entre nosotros no puede tratarse más que de Julieta?... Pero sí; tiene usted razón. De ella hemos de tratar. Estoy aquí desde el principio de la semana y voy acostumbándola poco á poco á la idea de una resurrección. Mucho tiempo hace que llora la muerte de usted, y sin embargo, á la primera duda emitida por mí, respecto á la certeza del fallecimiento, se ha reanimado hasta el punto de asustarnos á su madre y á mí... Una ardiente fiebre se ha apoderado de ella... ¡Está tan débil... Por un fenómeno inexplicable, la desaparición de usted ha tenido la doble consecuencia de devolver la salud á Santiago y de quitársela á Julieta. Esta se ha ido marchitando lentamente como la flor á quien un invisible gusano esta royendo... En cuanto á su hermano... Pero más vale no hablar sino de ella.

¿—Lo que tiene usted que decirme de él es muy penoso.